



La obra de Goya trasciende la mera consideración pictórica. Podría ser calificado de «artista total» en el sentido de que vida y obra se entremezclan sin que la una sea comprensible sin la otra. El mundo

interior de Goya, cada vez más vuelto hacia su lado oscuro, poblado de seres de la noche y de la sinrazón, recorre su obra más anticonvencional y personal, aquella que le otorgan al genio de Fuentetodos una aureola de gran

modernidad. Goya practica un cierto psicoanálisis pictórico, dando rienda suelta a su subconsciente, a las pulsiones, obsesiones, filias, fobias y fantasmas que lo pueblan. Este acto de máxima

honestidad confiere a su obra un valor añadido de heraldo del hombre nuevo que acepta su «otro yo», el «yo prohibido» hasta que Freud vino a mostrarnos que nosotros somos también nuestro espejo.

Un explorador del subconsciente

Goya se atrevió a mostrarnos todos los Goyas

El subconsciente, un valor para el arte del siglo XX

W. Varona J. Varona

La obra de Goya ha sido considerada de forma casi unánime por la crítica especializada de una gran modernidad. Goya, adelantado de su arte, lo es también de la sociedad en la que le tocó vivir.

Algunas de sus creaciones debieron sorprender mucho más a sus contemporáneos que a nosotros. Esta «sorpresa» surge sobre todo ante sus obras personales, por otra parte cada vez más frecuentes en su producción.

Por otra parte, cada uno de los «saltos hacia dentro» que se distinguen en la obra de Goya está relacionado, al menos cronológicamente, con el surgimiento de problemas de salud, lo que le hacía vivir más vuelto hacia sí y, al incrementar su fragilidad, también incrementaba su sensibilidad.

Así, en el otoño de 1792, Goya padece una penosa y grave afección — ¿una intoxicación?, ¿un cuadro infeccioso?, ¿un proceso degenerativo?—. Tiene que guardar reposo en Sevilla y cuando se repona le queda como secuela una sordera total.

Este hecho es trascendente en la vida y en la obra de Goya. El aislamiento sonoro y, por tanto, social, estimula su producción artística; tal y como escribe a un amigo, «para ocupar la imaginación mortificada en la consideración de mis males y para descansar, en parte, los grandes dispéndios que me han ocasionado, me dediqué a pintar un juego de cuadros de gabinete en que he logrado hacer observa-



Capricho 43 de Goya, «El sueño de la razón produce monstruos». Fragmento

ciones a que regularmente no dan lugar las obras encargadas y en que el capricho y la invención no tienen ensanche». Evidentemente, las obras hechas por propia iniciativa le sirven al

autor para explorar y, en el caso de Goya, para explorarse.

En este sentido, Goya es uno de los primeros hombres «modernos», pues algunas de las preocupaciones y valores que se

reflejan en su obra son más propias de finales del XIX e incluso del XX que de la época en la que le tocó vivir. En concreto, su descenso a sus infiernos interiores — a su «subconsciente» antes que

tal palabra fuera acuñada por Freud — aparece con nitidez en muchos de sus trabajos, sobre todo a partir de los «Caprichos», en los que, bajo una declarada intención crítica de la sociedad de su época, da rienda suelta a sus obsesiones, sus miedos, sus fobias. En concreto, el que acabó siendo el capricho 43, «El sueño de la razón produce monstruos», y cuyo título no deja lugar a dudas, había sido destinado inicialmente por el autor a servir de portada al conjunto.

El protagonista es el mismo Goya, que aparece tendido por el sueño sobre su tablero de trabajo, momento en que aparecen una serie de animales de la noche representados de manera inquietante, habitantes de un mundo más allá de la luz y de la razón; la simbología parece bien clara en el siglo XX, una vez que Freud ha dado carta de naturaleza al subconsciente.

La serie de los «Disparates», entre 1815 y 1818, también relacionadas con un empeoramiento de su salud, confirman el diagnóstico. Por último, el ensimismamiento y la exacerbación de sus pulsiones marcan la serie de las «Pinturas negras», cargadas de expresionismo, maldad, deformidad, desesperanza. Fueron pintadas en «La Quinta del Sordo» entre 1821 y 1822. Entre otras, «Saturno devorando a sus hijos» y «Lucha a garrotezón» son de una brutalidad que refleja, como un espejo, un alma atormentada por sus extremas lucidez y sensibilidad.

Goya continúa pintando para dar rienda suelta a sus fantasmas. Este pintar para sí, totalmente anticonvencional, nos muestra a un autor lleno de vigor y valor para mirar de frente a «otro yo» que todos llevamos dentro antes de que el Psicoanálisis nos diera permiso para atrevernos a mostrar el lado oscuro.